

En la literatura náhuatl hay un capítulo que se titula *el ladrón y la serpiente*: un hombre robó tomínes en un convento y fue a enterrarlos, para que no se descubriese su robo, pero cada vez que iba a enterrarlos surgía la serpiente, que con su mordedura venenosa le hería y le hizo enfermar. Unos hombres le llevaron al hospital y confesando el robo sanó el ladrón enfermo, lo cual muestra el sentido de arrepentimiento y de redención del atributo de Quetzalcóatl en la filosofía y la literatura náhuatl.

c) Evolución mítica de Quetzalcóatl (del dios del viento al dios solar matutino)

El gran dios Quetzalcóatl, serpiente emplumada, común a todos los pueblos americanos, empezó por lo menos en Méjico, como dios del viento = E-Acatl.

Se convirtió después en Tula, en héroe educador (como Osiris, Zoroastro u Orfeo); fue rey-sacerdote, llamado Kukulcán en Yucatán, y estrella matutina para las gentes de la costa. Cucuilco hace pensar en Quetzalcóatl por su planta circular, ya que los primitivos templos del dios viento debían ser sin definida orientación: el viento sopla desde todas las direcciones. Se representó al dios, al empezar como un personaje de anatomía humana, provisto de un largo pico o labios monstruosos para soplar mejor. Barre la tierra, preparando el suelo para la lluvia.

Los templos de planta circular son adjudicados a Quetzalcóatl, como dios del viento.

La leyenda de Quetzalcóatl, reducido todavía a un simple héroe-educador, otro Osiris, Numa o Solón americano, se encuentra en forma casi europea en una de las «relaciones» del señor criollo Ixtlilxochitl: «Llegó a esta tierra un hombre a quien Quetzalcóatl... de grandes virtudes, justo, santo y bueno, enseñándoles el camino de la virtud y evitándoles el vicio y el pecado, dando leyes y buena doctrina, y para refrenarles de deleites y deshonestidades constituyó el ayuno. El cual, habiendo predicado las cosas referidas en todas las más de las ciudades y en especial la de Cholula, donde asistió más, y viendo el poco fruto obtenido, se volvió por la misma parte por donde había venido prometiendo muchas calamidades y persecuciones y que volvería en el año, que se llama E-Acatl.

Quetzalcóatl por interpretación literal significa «sierpe de plumas preciosa» por sentido alegórico varón sapientísimo. El cual ido, que fue de allí, a los pocos días sucedió la destrucción y asolamiento de aquel edificio y torre tan memorable y suntuosa de la ciudad de Cholula, que era como otra torre de Babel, deshaciéndola el viento. Y después, los que escaparon de esta consunción, en las ruinas de ella edificaron un templo a Quetzalcóatl, a quien colocaron por dios del aire, por haber sido la causa de su destrucción el aire, entendiendo ellos que fue enviada de su mano esta calamidad, y le llamaron asimismo «E-Acatl», que fue el nombre del año de su venida. Y según parece por las historias referidas y por los anales, sucedió lo referido algunos años después de la encarnación de Cristo Nuestro Señor. «Era Quetzalcóatl hombre bien dispuesto, de aspecto grave, blanco y barbado. Su vestuario era una túnica larga».

En Yucatán el aire es todavía un demonio protector de las labores del campo, y en Toluca, ofrecen jarritos y frutos al aire. En la región de Teotihuacán se cree que el aire se queja al zumbir entre los magueyes y matotales.

El poder fertilizante del viento fue reconocido por los antiguos griegos.

Virgilio en las *Geórgicas* todavía participa de la opinión tradicional de que los vientos



hacían prolíficas las yeguas. Pero ni griegos ni romanos llegaron a concentrar en una sola persona divina la acción vivificadora y saludable del viento. Cada uno de los vientos del cuadrante fue personificado soplando desde uno de los cuatro puntos cardinales. Eran jóvenes imberbes, alados como pequeños amercillos. En la Edad Media europea los vientos fueron representados como hombres ya crecidos que vertían el contenido de un odre sobre las nubes. Ya veremos que esta fue la misión del dios Tlaloc y los tlaloques, sus criaturas, para los primitivos mejicanos. Pero E-Acatl, el dios del viento, soplando, hace un servicio preliminar a la función de Tlaloc de verter agua. Más tarde se identificará a Tlaloc con dios del viento y de la lluvia, pasando Quetzalcóatl a héroe cultural, educador y civilizador, que trae la agricultura, en rey-sacerdote (jaguar-ave)-Kukulcán, en Tula, es decir, poder temporal y poder espiritual, a manera de faraón egipcio, «Patesi» persa o califa árabe y por último, convertido en mito cósmico, se convierte en el sol vivificador, el sol que nace, la aurora o estrella solar matutina.

IV. Estudio de ambos mitos bajo dos conceptos diferentes

a) *Estudio estético*

La obra de arte no es contemplada con un criterio estético, como expresión de una capacidad artística, realizada dentro de un mundo imaginario de apariencias: se considera como algo real, no más ni menos, ni de otra manera real, que cualquier fenómeno de la realidad y dotado como ella de virtudes mágicas.

Para el estudio artístico del arte mejicano hemos de considerar las circunstancias de orden social, natural e ideológico. Para llegar desde las llanuras calizas del Yucatán hasta las frescas mesetas del alto Méjico, era forzoso atravesar malezas llenas de fiebres, de serpientes, de escorpiones, de insectos venenosos. Nada podía expresar la inquietud abrasadora de estos pueblos, que creían necesario que los muros de los templos que erigían al sol estuviesen siempre teñidos de sangre humana, pudriéndose sobre la tierra ardiente.

Teoyaumiqui, diosa de la muerte, Huitzilopochtli, dios de las matanzas, Tlaloc, dios del agua, de las selvas y de las tempestades, ordenador de las tibias cascadas, que chorean del cielo, durante la mitad del año, y Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, ya adorada por los toltecas de quienes heredaron el arte, el culto del sol y el ansia de sangre, todo exigía cadáveres frescos. Para consagrar en Tenochtitlán el templo de Huitzilopochtli, se degollaron ochenta mil prisioneros. El pan de los sacrificios se amasaba con sangre de niños y de vírgenes. Se arrancaban los corazones para ofrecerlos al dios y la imagen de éste desaparecía al final de las ceremonias bajo un manto de cuajarones formados por los ríos de sangre que se hacían brotar hábilmente de las rajadas arterias. Las pilas de cabezas degolladas se elevaban a la altura de los templos piramidales. Había santuarios cuya entrada era una boca con dientes que destrozaba los cráneos y desgarraba las entrañas y por la cual no se podía pasar sino hundido en sangre hasta las rodillas. Los sacerdotes desollaban a los hombres para cubrirse con su piel.

No había posibilidad de un equilibrio en el arte, que en Egipto y en Grecia fue el origen de la civilización occidental. Todo lo que no era muerte les estaba vedado. La